

Mesa de debate

“Oficio versus comunicadores sociales: la calidad en la formación de los periodistas”

PANELISTAS: **Pablo Mendelevich**, director de la carrera de Periodismo (UP); y **Miguel Wiñazki**, director de Capacitación del diario *Clarín* y de la Maestría de Clarín-Universidad de San Andrés.

MODERADOR: **Luis Abrego**, profesor de la Universidad Nacional de Cuyo y subdirector del diario digital *MDZ*.

Luis Abrego

Esta tensión planteada entre oficio y comunicadores sociales es una tensión de una medida que tiene una larga data en la Argentina. Al menos cuando yo me comencé a formar ya existía esto, a mediados de los años ochenta, pero es una vieja discusión que se viene arrastrando, de que en nuestro país aparecieron las primeras escuelas de Periodismo en primer lugar y luego los estudios sobre Comunicación Social. De alguna manera, todavía irresuelta esta discusión o esta tensión, a pesar del paso del tiempo y creo que la preocupación central específicamente desde Fopea está en el hecho de que muchos de los que formamos parte de Fopea, más allá de tener un pie en el oficio, también tenemos un pie en la academia, entonces esta tensión histórica presentada en nuestro país, y que la vivimos o que se vive a diario en las distintas redacciones, también se vive en otro sentido y de otra manera en la discusión en las universidades, etc.

Yo, básicamente, puedo hablar de lo que conozco, que es específicamente la universidad pública, donde de alguna manera esta especie de celos, esta disputa entre el periodista o el comunicador social formado en el ámbito académico y aquellos que de alguna manera se denominaban “los empíricos”, que se formaban en el campo del ejercicio profesional. Esta discusión no ha cesado. Se ha diluido, pero en realidad el hecho de que se ha planteado con una mesa de debate hoy, en este congreso de Fopea, significa que de ninguno de los dos campos, ni de la academia solamente, ni del oficio solamente, podamos dar respuesta a la complejidad que significa la formación de comunicadores sociales, de periodistas ni muchísimo menos en un contexto tan complejo como la República Argentina.

Obviamente, este es un brevísimo disparador y esperamos que las reflexiones, la inteligencia y el talento de quienes nos acompañan en esta mesa; el caso de Pablo Mendelevich y de Miguel Wiñazki.

Miguel Wiñazki

Cuando en 1927 John Dewey dijo que “el periodismo empieza en el vecindario y termina en el vecindario”, fundamentó lo que mucho después se concretará formalmente como “Periodismo Cívico”. Medio siglo más tarde, Jürgen Habermas y Karl Oto Apel, postularon (con diferencias de matices entre ambos) una teoría de la “Acción comunicativa” y se desplazaron hacia una ética de la “Acción comunicativa”, enunciaron lo que luego sería el periodismo participativo: “Todos tienen que tener la posibilidad de expresarse”. Esa es la esencial utopía que postulan y que opera como “idea reguladora” del espacio dialógico democrático: la comunidad ideal de la comunicación.

Luego, Philippe Meyer escribió su *Periodismo de Precisión*, incluyó la epistemología de las ciencias duras; Estadística, Matemática y Economía pura, dentro del campo mismo del Periodismo.

Más tarde, Ryszard Kapuscinski afirmó que hacer periodismo es “ver las cosas desde muy cerca”, fundamentó la clave cualitativa del relato periodístico: la exigencia de presencia que reclama la captación responsable de información y la necesaria configuración de un relato magnético pero esencialmente verdadero de lo que ocurre ante la presencia periodística. Kapuscinski creía en la riqueza de lo singular: “Dentro de una gota hay un universo entero. Lo particular nos dice más que lo general. Nos resulta más aprehensible”.

Dewey, Habermas y Apel son referentes del nivel filosófico que subyace al complejo informacional. Philippe Meyer es un referente del nivel científico que subyace a la acción comunicativa. Kapuscinski es un referente del nivel literario que subyace a la acción comunicativa. La acción multidimensional de emitir información a través de diferentes formatos y soportes es la conjunción del nivel filosófico, del nivel científico y del nivel literario configurados como intención comunicativa.

La tarea de informar requiere de un saber diferenciado, teórico y práctico: “la reflexión filosófica sin el oficio cotidiano de informar suele estar vacía, y el oficio sin la reflexión es ciego, y suele desviarse hacia un operativismo superficial”.

La formación del periodista requiere de una tarea pedagógica híbrida entre la educación teórica y la capacitación operativa. La educación es el lugar de las preguntas filosóficas sobre la tarea comunicacional, y la capacitación es el espacio concreto de las respuestas.

Es necesario conocer a Habermas, leer a Kapuscinski y entonces aprender a interrogar sobre los fundamentos de la profesión, y es necesario saber escribir un epígrafe, con claridad rapidez y precisión.

Esa complejidad y esa articulación entre la teoría y la práctica está destinada a la representación y no a la fabulación. Es necesario distinguirlas.

La fabulación o el mero “relato” es una especie de mapa sin territorio. Por ejemplo: desplegar una crónica sobre el perro de una estrella de la TV es un acto comunicacional lúdico en el que emisores y receptores saben que el relato es autónomo de todo territorio originariamente noticioso. Eso es construcción de la noticia.

Sí, en cambio, estalló una bomba y hubo muertos y heridos, o si aconteció una manifestación en las calles, o hubo un choque de automóviles en una esquina, debe haber representación y no mero relato sobre la nada.

La representación exhibe con palabras, con imágenes, lo que sucedió y lo que sucede, así como el *Google Earth* muestra la Tierra y la trasluce para la pantalla.

La representación es una exhibición mediada por una maquinaria comunicacional. No es lo mismo el Himalaya *in situ*, que visto a través del *Google Earth*, pero el *Google Earth* exhibe virtualmente al Himalaya y no a otra cosa, cuando eso es lo que se pretende ver. El *Google Earth* es una máquina comunicacional operada por los usuarios que eligen su punto de vista y la perspectiva desde la que se sitúan para acceder a la realidad. No hay objetivismo sino perspectivismo de los receptores. Pero la máquina comunicacional no puede inventar, sino representar lo que se pretende observar desde determinado ángulo, elegido a la vez por el espectador, que es un receptor sí, pero a la vez un generador de puntos de vista diversos e innumerables.

El periodismo es una cartografía dinámica de un territorio antropológico que opera un sistema de representación no ficcional de los hechos. Y esa exigencia primordial, inherente a la educación y a la capacitación permanentes, constituye el mandamiento más profundo e insoslayable de la profesión.

Pablo Mendelevich

Coincido casi plenamente con lo que acaba de decir Miguel Wiñazki, quien además de periodista, como ustedes saben, es filósofo. A propósito, yo quiero recordar a otro filósofo, Bertrand Russell, también matemático y escritor, que nació en 1872 y murió en 1970, es decir que vivió 98 años, y que era nieto de John Russell, el primer ministro de la reina Victoria.

Bertrand Russell se jactaba de haber estado en su infancia en las rodillas de la reina Victoria. Al final de su vida, Russell dijo: "pasé de las rodillas de la reina Victoria a ver el hombre en la Luna". Marcaba así el extraordinario contraste en la evolución de la humanidad refiriéndolo a su propia vida, con ese gran salto que le había tocado vivir del extremo victoriano a lo que en el '69 se consideraba el paso más grande que se había dado en toda la historia.

Cinco años después de la muerte de Russell, yo entré en el diario *La Opinión*. Ahí empecé a aporrear máquinas de escribir. Hoy desaparecieron de las redacciones las máquinas de escribir, desapareció ese golpeteo incesante y apurado de las teclas cuya intensidad permitía descubrir cuán cerca se estaba de la hora de cierre. ¡Hasta desapareció el papel! En una palabra, se esfumaron las formas de trabajar que teníamos en los años setenta. Cambió todo. Yo no hice un recorrido tan perfecto e impactante entre extremos de enorme simbolismo, como Russell, pero tengan en cuenta que hasta ahora sólo he vivido la mitad de los años que vivió él.

Los periodistas de mi generación, que es también la de Miguel, hemos soportado cambios abismales y tuvimos que adaptarnos a ellos. El periodismo se modificó

totalmente, casi tanto como lo que debió significar ir de las rodillas de la reina Victoria a pisar la Luna. Pero a nosotros no nos ha sido nada fácil esa adaptación. Voy a intentar renovar una hipótesis del porqué de esas dificultades.

Es cierto que la evolución fue aún más contrastante para Bartolomé de Vedia, el experimentado hombre de *La Nación* que abrió este congreso en nombre de la Academia de Periodismo. De Vedia me contó que cuando él entró en *La Nación* todavía se escribía a mano. Yo, por lo menos, agarré la era de la máquina de escribir.

Justamente, se aprendía antes que nada a cambiarle la cinta a la máquina de escribir, rutina en la cual uno se enchastraba con tinta, en forma literal, no metafórica. Pero no es que simplemente hayamos pasado a una impresora digital, silenciosa, pulcra, veloz y nada más. Lo que hubo no fue una mera sustitución de tecnologías, cosa que ya había sucedido una y mil veces. Piensen que a mediados del siglo XIX se había pasado de transmitir noticias por palomas mensajeras a transportarlas por tren, imaginen si no fue un cambio revolucionario: el tren a vapor reemplazó a las palomas. Todos estos cambios más toda la evolución de la industria gráfica tuvo enorme incidencia en la manera de hacer periodismo. Sin embargo, para nuestra generación, los cambios alcanzaron magnitudes sísmicas. ¿Por qué? Porque junto con la llegada de las tecnologías digitales se derrumbaron los paradigmas.

Permítanme cierto tono dramático: hoy no sabemos qué es el periodismo. Hasta nosotros siempre se supo qué se quería decir cuando se hablaba de periodismo. Tres siglos hacía que se estaba haciendo periodismo de una determinada manera, con determinados métodos y metas más o menos precisas. Muchas de esas certezas se derrumbaron en nuestras narices.

Ayer Mónica González hablaba de que el periodismo está en crisis. Claro que está en crisis. Hay una crisis de calidad y también una crisis procedente de los desafíos que un futuro acelerado nos plantea todos los días, como si se nos viniera encima, fenómeno expresado a través de una revolución tecnológica que va mucho más rápido que nuestra capacidad de adaptación a ella. ¿Cómo enseñamos Periodismo? Cuando hablamos de enseñar Periodismo, ¿qué enseñamos? ¿A qué llamamos “periodismo?” ¿Qué es el “buen periodismo?” ¿Está comprendido allí eso que se llama “blogósfera?” ¿Incluimos en la categoría la idea ambigua y quizás algo demagógica de que “todos somos periodistas”, utilizada por las cadenas de noticias para estimular al público a que envíe videos –tomados con cámaras personales o con celulares– de sucesos que por accidente los tuvieron por testigos?

Las grandes empresas, los grandes diarios buscan posicionarse frente a las vertiginosas novedades; a veces ponen fichas en varias canastas a la vez, pero eso no significa que sepan a ciencia cierta hacia adónde estamos yendo. También experimentan, pero quizás fingen tener más claro el futuro de lo que verdaderamente lo tienen, por ejemplo en cuanto a la integración del papel con Internet. Sobre todo después de que los gurúes sobre medios se cansaron de equivocarse. ¿Cuántas veces nos avisaron que desaparecían los diarios de papel? Ya no debería haber diarios de papel. Da la sensación de que nadie sabe muy claramente hacia

dónde vamos, pero mientras tanto, casi sin que nos diéramos cuenta, el periodismo extravió sus paradigmas.

Como director de una carrera de Periodismo puedo contarles que esto tiene consecuencias sustanciales sobre la educación y la formación de futuros periodistas. ¿Qué debemos enseñar? ¿Con qué criterio? ¿Para trabajar cómo? ¿Dónde? Se trata de formarlos para el día de mañana, dirán ustedes, el problema es que no sabemos muy bien cómo será ese día, sólo sospechamos que seguirá habiendo cambios.

Frente a esta clase de interrogantes, se ensayaron dos tipos de respuestas. Cuando a fines de los ochenta y principios de los noventa se pusieron de moda las carreras de Ciencias de la Comunicación, se le inyectó al Periodismo una buena dosis de Semiótica y otra dosis de Semiología, aunque en algunos casos fueron sobredosis. Al parecer, se pensaba que el Periodismo solito no fraguaba. Entonces se le hicieron agregados teóricos que hasta llegaron a sepultarlo o, cuanto menos, soslayarlo. Se creó así un flan, una gelatina, como lo fueron algunas carreras de Ciencias de la Comunicación en las que no se sabía del todo bien qué se formaba. En el campo del Periodismo se fabricaban licenciados en Ciencias de la Información, origen de un primer equívoco, dado que el Periodismo tiene de ciencia poco y nada; es una disciplina que conjuga oficio con profesión. Lo explica como nadie García Márquez en *El mejor oficio del mundo*. Hay ingredientes de tipo artesanal y una acumulación de experiencia que permiten desarrollar métodos y sistemas de producción más o menos a la vista de los ciudadanos que demandan la información de los medios. Lo cierto es que se crearon muchas carreras de Ciencias de la Comunicación, superpobladas en base a una ola que las posicionó entre las de mayor matrícula, desde las cuales se empezó a despachar al mercado a miles y miles de licenciados en Ciencias de la Comunicación. Muchos de estos licenciados buscaban trabajo en medios de comunicación que pedían periodistas. Acá tuvimos ya un primer conflicto.

El segundo conflicto somos nosotros, la generación de Miguel y la mía. Los que somos producto del periodismo empírico. No digo que nos criamos tomando tinta en las redacciones, pero sí manchándonos con tinta, que es lo que a los mejores les salía de las venas cuando se cortaban. Hicimos exactamente lo que dice García Márquez, absorbimos el oficio de nuestros mayores, cascarrabias a la vez generosos que nos pasaban las claves, nos enseñaban, a cambio de mostrar una indiscutible vocación y algún talento.

Si uno tenía vocación y talento, los mayores se allanaban a enseñarnos. Y así aprendíamos. Talento puede ser que siga habiendo, hay de hecho. Me pasa con cualquier grupo de alumnos. Siempre hay algunos más talentosos que otros. Es normal. El problema, en todo caso, es la vocación, la pasión. Ya no es tan fácil encontrar al veinteañero arrollador que no duerme de noche porque se obsesiona con la nota que se le encargó el día anterior y está 24 horas pensando de dónde va a sacar los datos, a qué fuentes va a ver, cómo la va a empezar.

Muchas ofertas pedagógicas han puesto especial atención en el análisis del discurso, en una teoría que no se entiende bien cómo se aplica. Yo mismo nunca supe muy bien

cómo se aplica la Semiología cuando se está escribiendo una nota. Ni tampoco al día siguiente, cuando uno ve si la nota fue buena, pero no por eso la somete a un análisis semiológico. Se fija, en realidad, si la nota fue buena por otras variables, por consideraciones periodísticas.

Nosotros conformamos la generación del periodismo empírico. Sufrimos, entonces, severos problemas de adaptación al nuevo mundo, lo que no supone que todo lo nuevo fuera mejor por el solo hecho de ser nuevo (después hay una generación mayor que está peor, a la que le cuesta manejar la computadora; lo nuestro no es tan grave).

A nosotros nos tocó coexistir dentro de los medios de comunicación con el periodismo de origen académico, que bien o mal salió de esta ola de Ciencias de la Comunicación de estos últimos años. Si ustedes hoy hacen un corte en las redacciones de muchos diarios, sobre todo en diarios grandes, van a encontrar una pirámide. Arriba están los periodistas de origen empírico, en el medio hay una laguna y los de abajo son de origen académico. Se trata de una coexistencia, pero que no es pacífica, también tiene problemas de resquebrajamiento de paradigmas. Van a escuchar muchas veces a periodistas veteranos, de mi generación y mayores, diciendo que a los más jóvenes les sobra teoría, les sobran conocimientos teóricos y les faltan “hormigas en el culo”. Quiere decir, inquietud, movimiento permanente, esa cosa desbordante, casi neurótica del tipo que se obsesiona con la información. Para ser periodistas a nosotros nos enseñaron que había que ser obsesivos. Si uno no se obsesionaba con la nota que le encargaban, ya en esa competencia inicial podía ganar o perder. Entonces, en resumen, lo que tenemos es un montón de tensiones no resueltas que nos introducen nuevos problemas.

Uno de ellos es el debate entre la objetividad y la subjetividad. Las nuevas corrientes, en mi opinión, introdujeron una nefasta teoría de la subjetividad generalizada mezclada con el derecho a la expresión individual, lo que llevó a algunos nuevos periodistas a sobrevalorar sus puntos de vista personales sobre las cosas sin cuidar la máxima de que lo primero es enriquecer al lector. Uno no se expresa periodísticamente para evacuar gustos ni “meparecismos” sino, esencialmente, para prestar un servicio público al lector. La opinión de uno tiene sentido en la medida en que esa opinión le sea funcional al debate del público y al ensanchamiento de la comprensión de los hechos; no es para liberarse, para purgar una incontinencia ideológica, por ejemplo, que un periodista profesional opina.

A su vez, el tema de la subjetividad se mezcla con la onda *blogosférica*. Los *blogs* parecen haber sido confundidos con medios de comunicación, un equívoco análogo al de suponer que todos cuantos hacen *blogs* son periodistas. No es ni una cosa ni la otra. Los *blogs* parecen estar más cerca de funcionar como diarios íntimos, bitácoras, si quieren, que medios. Puede haber alguno que lo haga un periodista, y que lo haga con criterio periodístico, pero son los menos. La mayoría de los *blogs* se asemejan por su fuerza motriz a los legendarios diarios íntimos, que al estar en Internet, paradójicamente, demuelen la intimidad. Son, quizás, diarios íntimos públicos, pero esa paradoja sería motivo de otro análisis. No son mejores ni peores, pero carecerán de valor periodístico en cuanto no tuvieran factura periodística.

¿Qué es la factura periodística? Acá hay que echar mano a un verbo clave, fundamental en nuestra profesión, que también se está tergiversando, incluso profanando, el verbo "editar". Los periodistas editamos. Editamos todo lo que publicamos. No publicamos lo primero que se nos cruza por la cabeza ni el primer dato que tenemos. Vivimos editando. Los diarios son buenos o son malos según si están bien editados, dicho acá como sinónimo de "bien pensados". De acuerdo con una línea editorial predeterminada, claro. ¿Pero qué es editar? Es pasarse todo el día en reuniones, en análisis sobre lo que es publicable y lo que no es publicable, sobre lo que merece ser investigado y lo que debe ser desechado. Miguel Wiñazki y yo hemos pasado muchas horas de nuestras vidas discutiendo "esto sí, esto no, esto va arriba, esto va abajo, esto se trata así, esto hay que escribirlo mejor, esto conviene que lo haga fulano o conviene que lo averigüe bien sultana". "¿Te parece que esto vaya?" "Sí, pero dalo chiquito". Eso es editar.

Es parte fundamental del periodismo. ¿Por qué? Porque ahí es cuando jerarquizamos la información. Organizamos el mundo. Ahí le estamos diciendo al lector si desde nuestro enfoque esto importa o esto no importa. Por supuesto, si al lector no le gusta mi enfoque, debe tener la oportunidad de comprar otro diario, que tendrá otro enfoque (diario competidor que si tiene factura profesional va a ser elaborado mediante el mismo procedimiento).

En los *blogs* en general no se edita con criterio periodístico. Lo que se hace es poner cosas, se las sube, se las cuelga, se graba. Pero no abunda un criterio de edición preestablecido, coherente, sistemático, riguroso. Quizás esta diferencia nos ha llevado a que se crea –y es un malentendido que personalmente me produce escozor–, que existe una sinonimia entre censurar y editar. Resolver que un material no merece ser publicado no necesariamente es sinónimo de censura. Confundir censurar con editar es inquietante. Censura, normalmente, el poder, no el director de un diario. El director de un diario –salvo situaciones específicas– edita lo que quiere publicar y lo que no quiere publicar.

Pienso que estas confusiones son producto de la caída de los paradigmas del periodismo. Y en ese contexto tenemos que formar periodistas para mañana, para un futuro que también desconocemos por otros motivos. Por lo cual nuestra tarea no es nada sencilla.

¿Qué solución propongo? Les cuento lo que tratamos de hacer en la carrera de Periodismo de la Universidad de Palermo, que no casualmente se llama "de Periodismo". Intentamos volver a las fuentes, revalorizar viejos paradigmas. Quizás no sean los paradigmas ideales para el mañana, pero la verdad es que los de mañana no los conocemos. Tenemos los antiguos, injustamente arrumbados, a veces, en medio de la confusión. Tenemos las cinco W. Tenemos la creencia de que el periodismo es un servicio público. Tenemos la certeza de que los periodistas deben ser cultos y estar bien formados, tienen que leer mucho y necesitan esforzarse por escribir bien.

La escritura es la médula de nuestra tarea. Entonces no parece alentador, como sucede hoy en muchos diarios de la Argentina, que la escritura sea un valor soslayado, y que la redacción periodística sucumba bajo la idea de que se hace lo que se puede, lo importante es tener la nota, tener la primicia, conseguir el dato.

La forma de narrar los hechos es fundamental. Coincido con que necesitamos contar historias, bien narradas, desde luego que con información rigurosa, chequeada, con diversidad de fuentes. Son los viejos paradigmas, una ortodoxia que parece más promisorio que la tentación de llamar “periodismo” a un espacio infinito, sólo jerarquizado por el soporte informático, en el cual todos, sin modo de acreditar credibilidad, “se expresan” y dicen “lo que sienten”, al margen de tareas de edición basadas en una jerarquización noticiosa o en criterios que discriminen lo relevante de lo intrascendente.

Como profesionales del periodismo, no tenemos más derecho que el verdulero de la esquina a emitir una opinión. El derecho no es lo que está en discusión. El punto es la utilidad social que tiene una opinión enriquecida por su factura profesional, nuestra capacidad como profesionales de brindar un servicio público.

Comentarios y preguntas

¿Cómo analizan el tema de las especializaciones en Periodismo?

Miguel Wiñazki: Es clave. Ser un periodista de economía sin saber Economía es algo que acontece de pronto porque hay periodistas de economía que no han estudiado sistemáticamente economía, pero que saben más economía de la que suponen. El tema es generar espacios educativos, yo diría académicos, que hagan conscientes a los profesionales de aquello que de alguna manera ya saben. Echar luz sobre los saberes aún no explicitados conscientemente optimiza la tarea periodística.

Pablo Mendelovich: Una pequeña discrepancia: yo creo que en algunos casos hay que especializar. Desde ya que en economía hay que estar especializado, no hace falta ser economista igual, pero hay que estar especializado. En otros casos no. En otros casos se versea mucho con el tema de la especialización. Por ejemplo, en el tema Tribunales, el tema movileros de Tribunales. Los movileros no tienen que ser abogados, tienen que entender, tienen que ser buenos periodistas, ser cultos, instruidos, saber diferenciar una cosa de otra. Tener el conocimiento básico para hacer su trabajo. No hace falta que estén especializados en Derecho, tienen que ser buenos periodistas. Muchos de los problemas de los que los jueces suelen quejarse sobre que los periodistas que cubren Tribunales no están suficientemente instruidos. No es así. La queja, por lo menos como la veo yo, es que algunos son malos periodistas, no es que estén mal instruidos, es que hacen mal su trabajo de periodista. Por ejemplo, porque llegan al lugar del hecho sin saber lo que está pasando y lo que tienen que hacer. Ese es otro problema, eso no tiene que ver con la capacitación en Derecho.

Una pregunta para los tres: ¿creen que esta camada de periodistas jóvenes que tienen mucha teoría pero les falta práctica puede volver a recuperar esa calidad que tenía el periodismo con los periodistas “viejos”? ¿Es viable volver a las fuentes para recuperar el periodismo?

Luis Abrego: Yo hablo con mi experiencia de más de diez años en la Universidad Nacional de Cuyo, donde doy un taller de medios gráficos, donde esto que planteaban tanto Miguel como Pablo es de alguna manera una visión complementaria, donde el talentoso siempre se nota, se destaca y casi diría el talento va acompañado de esa pasión, ese fuego sagrado que señalaba Pablo. Pero sí también es cierto que existe una gran mayoría en la cual a veces no abunda ni el talento ni el fuego sagrado, sin embargo comparten las condiciones generales del resto de sus compañeros. En esta minoría que marqué primero, sí existe incluso hasta un deseo inconsciente de recuperar ese lugar protagónico del periodismo y del periodista en una función de transformación social si se quiere. Pero en general no es lo que abunda.

Miguel Wiñazki: Yo diría que hay fundamentos para pensar que el periodismo va a mejorar. Hay un periodismo que se fragmenta a sí mismo, y que aparece bajo la forma de *blogs*, de videocolumnas, y de una nueva asociación con los lectores que también son proveedores activos de noticias. Esos nuevos vínculos con los contextos de recepción noticiosos, que son a la vez ahora también, espacios de emisión noticiosa activa, complejizan la acción comunicativa, la enriquecen y perfilan su nueva potencialidad.

¿Cómo le parece que influye el hecho de que sea tan difícil ingresar a una redacción? Nos hemos empezado a formar fuera de las redacciones, como colaboradores. Es más, como colaboradores que también tenemos que tratar de conseguir la foto. Nosotros no tuvimos la suerte, por eso, como dice Miguel, son tan buenas las maestrías, porque reproducen la redacción. ¿Qué aconsejan para formarse profesionalmente en un contexto donde entrar en una redacción es difícilísimo y hay que rebuscársela de otra manera para trabajar en los medios?

Pablo Mendelevich: Es muy práctico el asunto. Entra al diario el que le sirve al diario. Y le tiene que servir mucho. Uno está compitiendo simultáneamente con un montón de profesionales y la manera de distinguirse es ofrecer algo que el diario necesita, no algo que no quiere o que ya tiene. No es la oferta lo que importa, es la demanda. ¿Qué demandan los diarios? Los diarios demandan buenas notas y notas exclusivas. ¿Contra quién compite uno cuando ofrece una nota a un diario? Básicamente contra la redacción de ese diario. Está compitiendo contra toda la redacción de ese diario que puede hacer esa nota. El editor lo primero que va a decir es: "¿Por qué yo te voy a comprar a vos esa nota teniendo 50 periodistas en mi redacción?" Entonces la única respuesta posible a esa pregunta es: "Porque mi nota es mejor y es única, y porque la conseguí yo con contactos que tengo solo yo o porque se me ocurrió a mí y yo tengo la llave". En términos más estables, pienso que la fórmula es la que mencionó Miguel: capacitación, formación, manejo de idiomas, manejo de técnicas, poder demostrar sistema de trabajo, oficio, todo eso junto.

Silvina Acosta: Quería felicitar a Fopea porque está haciendo un trabajo que debería hacer la academia. Está haciendo un trabajo para revelar cuáles son los estándares profesionales, para evaluar el oficio del periodista, para saber hacia dónde vamos. Justamente, como decía Pablo, y más allá de que se derrumbaron los paradigmas, porque no hay investigación en las universidades, no hay oficio. Más allá de que operativamente el estudiante aprenda lo que tiene que hacer en el futuro, en una sala de redacción, existe un estudiante que tiene un perfil de investigación, y que está desaprovechado en las universidades desafortunadamente. Hay estudiantes con todas las técnicas metodológicas que nos brindan las Ciencias de la Comunicación, y las pueden aplicar; es necesario evaluar cómo va la profesión, por dónde tenemos que rediseñarla, repensarla. Es una de las misiones que tiene la academia, que tienen las universidades. Se ha desaprovechado esa capacidad.

¿En qué consisten los programas de entrenamiento y capacitación de Clarín y de La Nación? ¿Hay presupuestos propios para esos programas?

Miguel Wiñazki: Son programas específicos de un modelo pedagógico que asocia el saber a la acción cotidiana de comunicar. Están organizados según un corpus de seminarios que asociación la práctica a la teoría. Un Master de Periodismo como el de Clarín, es un simulador de vuelo. Aprender es aprender a resolver problemas y a sortear con realismo los desafíos periodísticos cotidianos.

Me sorprendió eso de que no sabemos responder qué es el periodismo. Porque pienso, por ejemplo, no tengo datos estadísticos, pero en los noventa fue impresionante la cantidad de chicos que eligieron la carrera de Periodismo, de Comunicación Social. Por lo menos sé que esto ocurrió en mi provincia y aquí también. Y yo creo que alguna motivación muy fuerte habrán tenido esos chicos para elegir la carrera de Periodismo.

Pablo Mendelovich: Mi opinión es que se ha desdibujado el Periodismo, también, al mimetizarlo con las Ciencias de la Comunicación. Una de las aberraciones consiste en llamar “comunicadores” a los “periodistas”. Me parece inapropiada la palabra “comunicador”, a la que asocio con un instrumento del poder para comunicar algo unidireccionalmente, no creo que sea sinónimo de “periodista”. Yo lo que digo es que volvamos a las fuentes, al original, a lo que siempre concebimos como periodismo, porque este flan que trajimos de reemplazo no funciona. En los últimos años, en América latina desde el poder también se está tergiversando el rol del periodismo en la democracia. Y eso suma más confusión. Nos están diciendo que los medios de comunicación conforman la oposición política, cosas por el estilo. Lo repite todos los días el matrimonio presidencial en la Argentina y también es una teoría que está en boga en Venezuela, en el Uruguay, en Chile. Entonces no sólo hay un corrimiento por los efectos producidos por una revolución tecnológica frente a la cual no sabemos

dónde pararnos, sino que, desde el punto de vista republicano, está también cuestionado el periodismo como lo que siempre fue. Y esto es muy grave, porque si nosotros no sabemos dónde pararnos, si no enaltecemos al periodismo profesional, si despreciamos valores como el de la objetividad, si no nos interesa demostrar más que tenemos herramientas para procurar ser objetivos, entonces el poder político que sostiene que somos la oposición nos va a terminar convirtiendo en una parcela ideológica.

Lo que están hablando está un poco lejos de la realidad de los estudiantes o recién graduados de Periodismo que buscan su primer trabajo. Lo viví y lo comparto con otros compañeros, me gustaría saber qué piensan de algo que no se habló y que es la puerta de entrada para muchos de nosotros, que es el modelo de pasantías en los medios.

Miguel Wiñazki: Yo creo que las pasantías son una puerta de entrada racional a la profesión. Quien ingresa a un medio con un contrato de pasantía tiene la posibilidad de continuar en el medio. Una pasantía es un test de periodismo real.

Luis Abrego: En mi caso, coincido con lo que plantea Miguel que las pasantías son una especie de dulce condena. Y lo digo con mi experiencia en Mendoza, donde muchos de los buenos periodistas que hay en las distintas redacciones ingresaron a los medios a través del sistema de pasantías y tuvieron esa oportunidad. Por ahí en muchos casos estaban planteadas como contrataciones encubiertas o captación de mano de obra a bajo costo. Esa es la cara de condena que tienen, pero coincido en que es una oportunidad.

